

Absolución

—Yo maté a un marido, ¿no?

Su abuela llevaba años desvariando a causa de la demencia. En la cocina, Yolanda, la cuidadora, machacaba las patatas con rutinaria indiferencia; ya estaba acostumbrada a sus frases sueltas. Sin embargo, esta vez, la nieta le pidió con un gesto que bajara la voz.

Había ido a visitarla a su pequeño piso del barrio de Espinardo, en Murcia, como cada domingo. Se sentó en el desgastado sofá de piel, al lado del sillón donde la anciana habitaba un eterno presente. A veces, aunque cada vez con menos frecuencia, algún retazo del pasado se colaba en el salón.

El ritual era el de siempre: la nieta anidaba las manos de su abuela entre las suyas, en un intento por colmar la precaria conversación con el lenguaje de las caricias. Esas manos, frágiles y azuladas por las enraizadas venas, eran las mismas que amasaron con fuerza el chipá en su Paraguay natal. También fueron las que golpearon las teclas del piano en el que daba sus clases, con el esmero de quien debía alimentar a una hija. Y fueron las que, hace sesenta años, vencieron la resistencia del gatillo para proteger su vida y la de su pequeña.

Nunca habían hablado de la muerte del abuelo; quizá no existían palabras para expresar tanto dolor y vergüenza. Pero, ahora, las penas se diluían en el profundo océano del olvido.

—Sí, abuela —le susurró—. Lo hiciste porque no tenías otra opción. Era tu vida o la de él. Pero no lo digas en voz alta, que Yolanda no sabe nada, ¿vale?

Ansiaba explicarle que los tiempos habían cambiado; que hoy, aquí, al menos existía la ayuda que a ella, entonces, le fue negada. Pero temía fuese demasiado para su confusa mente. Prefirió besar su frente.

299 palabras.

Pseudónimo: Esperanza Ceibo.